

Tercer grado

Tlaxcala

La entidad donde vivo



El escudo de armas tiene el siguiente significado.

El tinte rojo, el valor; el castillo, la grandeza y el poder en la defensa; el águila con las alas abiertas en la bandera, el espíritu de vigilancia; la orilla, protección y recompensa; las palmas verdes, la victoria; y las coronas, la autoridad real. La I se refiere al nombre de Juana de Castilla, madre de Carlos v; la K representa a Carlos v, entonces rey; y la F pertenece a Felipe, príncipe. Los cráneos humanos y los huesos atravesados en cruz representan a los muertos durante la Conquista.



En un inicio, Tlaxcala, bajo la protección del rey, se encontraba exenta de pagar tributos, pero pronto el Virreinato pidió que se entregara, además del tributo, la aportación de la mano de obra para diversos trabajos. Por eso los tlaxcaltecas comenzaron a buscar otras actividades económicas, como la elaboración de textiles y la producción de lana.



CONTENIDO 4. El legado cultural del Virreinato en mi entidad

Aprendizaje esperado. Reconoce en el legado del Virreinato rasgos de identidad cultural en la entidad.

Actividad 1. Cultura y tradición, legado del Virreinato

Muchas de nuestras tradiciones y costumbres nacieron en este periodo y forman parte de nuestro patrimonio cultural. Algunas de ellas se **fusionaron** con tradiciones prehispánicas, de las cuales la mayoría están relacionadas con la religión.

Fusionar. Combinar.

► Observa las siguientes imágenes y anota una breve descripción de ellas.









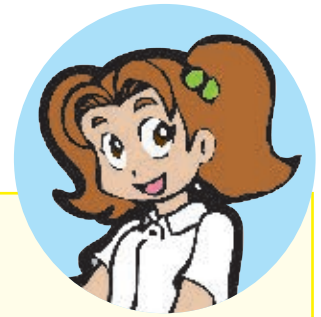
▶ Responde las siguientes preguntas.

1. ¿Cuáles de estas tradiciones y costumbres aún se conservan en tu comunidad?

2. ¿Qué significan para tu familia, para tu comunidad y para ti?

Actividad 2. ¡Cuéntame una leyenda!

Pero no sólo este tipo de tradiciones y costumbres son herencia de ese periodo, también hay leyendas como las siguientes. ¿Las conoces?



La leyenda de la virgen de Ocotlán

Dicen que era la primavera de 1541, e iba Juan Diego Bernardino cruzando un bosque de ocotes, cuando la virgen se le aparece y le pregunta a dónde va. Juan Diego contesta que lleva agua para sus enfermos que mueren sin remedio por la terrible epidemia, y la virgen le contesta: “Ven en pos de mí, yo te daré otra agua con la que se extinguirá el contagio y sanarán no sólo tus parientes sino cuantos bebieren de ella”. El indígena llenó su cántaro de un manantial hasta entonces inexistente y se fue a Xiloxotla, su pueblo natal.

Antes, la celestial Señora le ordenó que comunicara lo sucedido a los franciscanos, indicándoles que encontrarían una imagen suya en el interior de un ocote que debería ser trasladada al templo de San Lorenzo.

Los frailes fueron ya al atardecer y vieron que el bosque se estaba incendiando, pero con llamas que no consumían. Había un gran árbol que irradiaba especial luz, lo señalaron, y al día siguiente, viendo que estaba hueco, lo abrieron a hachazos y encontraron en su interior la escultura de la virgen María que hoy está en el altar mayor.

También cuenta la leyenda que el celoso sacristán, cuando ya todos se habían ido, devolvió al patrono San Lorenzo a su sitio, poniendo a la nueva imagen en el lugar vacante y que los ángeles por tres ocasiones restituyeron a la virgen al sitio de honor.

Existe la versión de que el rostro de la virgen cambia de color entre el rojo y el pálido, según las etapas del calendario cristiano o los acontecimientos que vive la sociedad. Incluso hay testimonios de quienes la han visto sudar.

Nuestra Señora de Ocotlán Tlaxcala, Tercera edición, 2002.

La Malinche

Cuenta la leyenda que doña Marina pidió permiso a su amo y señor, el capitán Hernán Cortés, para bañarse en la laguna de Acuitlapilco, cosa que le fue concedida por el extremeño, para tenerla más de su parte.

Acompañada de cuatro esclavas, de las que, como ella habían sido obsequiadas a Cortés, lucía un huipil muy bonito y valiosas joyas que había recibido de Cortés y que resaltaban su singular hermosura. Se quitó la ropa y se zambulló en las tersas aguas, sin fijarse en que en el lado opuesto de la laguna la estaban mirando los Xiloxotla, que entusiasmados por su belleza, hasta confundirla con un hada, le pidieron que desencantara a la montaña Matlalcuéyatl, pero ante esa sorpresa y creyéndose perdida, exclamó: “¡Malinche! ¡Malinche!” y apresuradamente se vistió y regresó, en tanto sonaban los caracoles y la gente corría tras ella. Al tener conocimiento Cortés, ordenó a sus arcabuceros que le prestaran auxilio a doña Marina, cuyo nombre se tomó por el de la Malinche, quedándole también éste a la preciosa montaña.

Emma Muñoz Flores, Faldellín azul, mitos y leyendas del volcán Malinche, 2010.